

Querido Rector, queridas amigas y amigos.

Como siempre, antes que nada, deseo agradecer la presencia de todos los que, con vuestra asistencia y colaboración, llenáis de contenido este acto académico y el conjunto de actividades que se han programado en estos días. Sin vuestra participación nada de esto tendría sentido. Al fin y al cabo, la celebración del patrón de un Centro es, sobre todo, una oportunidad para poner de manifiesto unas señas de identidad y expresar el sentimiento común de participar en un proyecto compartido. Quiero tener también, en este acto, un recuerdo para todos aquellos que no han podido estar con nosotros compartiendo la festividad de nuestro patrón, al haber fallecido durante el pasado curso. Ellos, que contribuyeron con su trabajo e ilusión a hacer de esta Facultad lo que hoy es, permanecerán para siempre en nuestra memoria.

Mi agradecimiento también a nuestro Rector quien, un año más, está presente aquí hoy, en la festividad de San Alberto, patrón de esta Facultad - de su Facultad -, en lo que, estoy seguro, no es para él un acto protocolario más, sino una oportunidad para compartir con todos nosotros nuestras preocupaciones, nuestras inquietudes y recibir, de primera mano, la opinión, las sugerencias y, sobre todo, el cariño, de muchas personas con las que tanto en común tiene de sus vivencias en nuestra Universidad y de su ilusión por la misma.

Y nuestro agradecimiento institucional y también mi felicitación personal, a la profesora Carmen Cruces por su excelente y amena charla sobre un tema de tanta importancia para nuestra calidad de vida, en una sociedad industrializada como la que nos está tocando vivir.

La Química tenía que tener una clara presencia en este acto, en un curso en la que es protagonista principal de esta Facultad y también de esta Universidad. Si el centenario de la creación de los estudios de Química ha constituido el motivo a destacar en este inicio de curso por parte de nuestra Universidad y tendrá su celebración a lo largo del mismo, con más razón nos ha parecido conveniente que fuera el hecho a destacar en esta celebración de San Alberto; que fuera el motivo del díptico que la hace pública y que de Química fuese la conferencia que se impartiera en este acto. Todo ello, sin menoscabo de las restantes actividades que están previstas para recordar la creación de lo que fueron los primeros estudios que pudieron cursarse en su totalidad en nuestra Facultad, sin necesidad de tener que acudir a la Universidad Central de Madrid para obtener el correspondiente Título.

Pero la Química puede mostrar, con orgullo, su tradición como disciplina científica en nuestra ciudad, bastante antes de ese 1913 del que celebraremos este curso su centenario. Ya en 1833 (80 años antes) se creó en Granada una cátedra de Química –la primera materia de carácter científico que se imparte en la ciudad-,



vinculada inicialmente al Conservatorio de las Artes, hasta su incorporación definitiva a la Universidad de Granada en 1844. Esta cátedra, desempeñada por D. Francisco de Paula Montells y Nadal (que luego sería primer Decano de nuestra Facultad, Secretario y Rector de la Universidad), estuvo adscrita a la Facultad de Filosofía hasta la creación de la Facultad de Ciencias, en 1857, con la promulgación de la Ley Moyano.

No cabe duda, por tanto, que esta Facultad de Ciencias tiene su solera. Somos una antigua Facultad que creo ha sabido asumir su tradición, adaptándose a la situación cambiante de los tiempos y seguir siendo protagonista de primera línea en la historia de la Universidad de Granada. Desde aquellos primeros estudios de Química, la oferta de títulos se fue completando con la Geología, Matemáticas, Biología y Física, hasta completar los clásicos estudios que conformaban la base de las Facultades de Ciencias que podían considerarse “completas” en los años 80 del pasado siglo.

Pero nuestra Facultad ha sido lo suficientemente inquieta y generosa como para no estancarse en ese marco clásico e incorporar estudios que, con el devenir de los tiempos, se perfilaban como de interés social. Y así se añadieron las titulaciones de Ciencias Ambientales, Ingeniería Química, Óptica y Optometría, Estadística, Bioquímica e Ingeniería Electrónica, más la reciente titulación de Biotecnología, en cuyo plan de estudios se está trabajando. Con ello, la Facultad de Ciencias de Granada se ha constituido como el único centro universitario del Estado Español donde es posible cursar la casi totalidad de los estudios que hoy día se consideran “de carácter científico”.

Y ese deseo por ofrecer una formación amplia y de calidad, se ha acompañado de una preocupación por llegar a ser una auténtica Facultad universitaria y no simplemente una escuela emisora de títulos. Una Facultad donde la investigación constituye su carácter distintivo y que, con el transcurso de los años, se ha situado en primera línea de los centros de investigación españoles, con grupos de reconocido prestigio, a nivel nacional e internacional.

Los más de 110 grupos de investigación de la Facultad, no solo generan prácticamente la mitad de la investigación que se produce en la universidad de Granada, sino que publican en las revistas de mayor impacto, desarrollan proyectos de importancia mundial y colaboran en actuaciones internacionales con otras universidades y centros de investigación de máximo prestigio.

Pero esa docencia de calidad y esa investigación de excelencia no son los únicos parámetros que definen a nuestra Facultad. La difusión de la Ciencia; hacer llegar a la Sociedad en general lo que la Ciencia significa para el desarrollo humano y acercar la misma a los sectores más jóvenes, promoviendo su interés por ella, se ha convertido también, en los últimos años, en una de nuestras señas de identidad.

De este modo, la Facultad de Ciencias se apoya en los tres pilares básicos que, yo creo, deben definir un centro universitario del siglo XXI: la docencia, la investigación y la

extensión -la proyección social-. Intentando desarrollar estos tres aspectos dentro de unos parámetros de calidad y en el marco del compromiso social que una institución de carácter público debe mantener.

Eso es lo que somos. Eso es de lo que debemos sentirnos orgullosos. Y eso es lo que este Decano puede humildemente esgrimir -con permiso de las compañeras y compañeros de la Facultad-: el representar un Centro emblemático de la Universidad de Granada, con una tradición de la que enorgullecerse y una realidad de la que presumir.

Esta realidad, que tanto nos ha costado construir, puede verse alterada, después de tanto tiempo, por acciones o planteamientos externos que están forzando un cambio de modelo universitario, basado en objetivos que, desde mi punto de vista, están bastante alejados de los que la institución universitaria debe representar socialmente, por historia y por esencia.

Como he dicho en otras ocasiones, mi intervención en el acto de hoy creo que debe estar más cerca de la reflexión que de la reivindicación, más aún cuando nuestro Rector conoce perfectamente la situación de nuestra Facultad y sus problemas. Por eso me vais a permitir que aproveche estas palabras para expresar una serie de preocupaciones que en estos tiempos me asaltan, como universitario y como responsable académico de una Facultad de Ciencias.

Es cierto que estamos inmersos en una crisis económica importante, basada en dos factores fundamentales: a nivel social, en haber sustentado la mayor parte de la economía del país en el sector inmobiliario; a nivel financiero, en haber desarrollado una política de gasto por encima de los ingresos reales, basada en el endeudamiento. De los dos aspectos, no cabe duda que a la Universidad, como institución pública, le afecta fundamentalmente el problema financiero. Pero tengo la sensación -que cada vez más se convierte en certeza- de que esta situación de crisis financiera se está esgrimiendo para plantear un cambio de orientación y funcionamiento que puede apartar a la Universidad, cada vez más, de sus objetivos sociales y que incluso puede tener una repercusión negativa en las posibilidades de reconducir la economía de un país a situaciones más razonables.

Creo que estamos asistiendo a un planteamiento donde el balance económico lo justifica todo. Y por tanto estamos intentando trasladar a la Universidad unos parámetros de funcionamiento basados en una medida economicista de la eficacia. Unos planteamientos “empresariales”, donde lo importante es la cuenta de resultados. Y, lo siento, pero, al menos para mí, la Universidad no es una empresa, ni puede ser valorada en su funcionamiento con parámetros exclusivamente de rentabilidad económica. Si me apuran, ni siquiera una Universidad privada puede funcionar exclusivamente como una empresa, si quiere seguir manteniendo su función esencial, propia de una institución universitaria.



La docencia de calidad no puede ser rentable para el que la imparte. Será rentable socialmente, pero su eficacia no puede determinarse por criterios económicos. Requiere medios, o no se podrá hacer. Y si no se hace, se estará pervirtiendo una de las funciones esenciales de la Universidad. Por eso, cuando se justifican, por razones económicas, un aumento del número de alumnos por clase, un incremento en la dedicación del profesorado o una reducción del número de docentes, por no querer reponer plazas que se quedan vacantes, se está impidiendo que la universidad cumpla adecuadamente una de sus funciones esenciales. Podremos estar ahorrando dinero, pero estamos hipotecando la formación de nuestros jóvenes y el futuro económico y social del país.

La investigación, la creación de conocimiento, no puede ser rentable económicamente para una universidad. Lo es, y mucho, para la sociedad y a largo plazo. Pero una universidad no puede pretenderse que actúe en este campo como una empresa privada, buscando en la rentabilidad económica de sus patentes mejorar sus beneficios u orientando la inversión en investigación exclusivamente hacia el ámbito de la tecnología aplicada. Por eso, cuando se recorta de manera drástica la inversión en investigación, cuando se reducen las plantillas de investigadores, cuando se cierra el acceso futuro de los jóvenes que formamos en nuestros centros a una carrera científica productiva, se está impidiendo que la Universidad cumpla otra de las funciones que le dan sentido. Podremos, igual que antes, estar ahorrando dinero, pero estamos hipotecando, en este caso de una manera incluso más obvia, el futuro económico y social del país.

Es cierto que en una época de crisis, marcada por importantes carencias económicas, hay que replantear muchas decisiones. Pero incluso en una situación de economía de guerra -permítaseme la digresión- la solución no es quedarse quieto o recortar. Simplemente, que hay que priorizar los gastos en aquello que resulte esencial para salir victorioso. Y si en la actual situación económica no tenemos claro que una de las mejores inversiones que hay que seguir manteniendo es la inversión en formación, en creación de conocimiento, en investigación... pues apaga y vámonos. A menos que no importe perder la guerra.

Estamos asistiendo, efectivamente, a unos planteamientos de restricción presupuestaria en relación con la Universidad (disminución de presupuestos, recorte de becas predoctorales, eliminación de programas de formación, disminución sustancial de los fondos destinados a investigación, congelación o reducción de plantillas -aunque la universidad cuente con los fondos necesarios para mantenerlas-, etc.) que no solo pueden dar al traste con lo que, con tanto esfuerzo, se ha construido a lo largo de muchos años, sino que pueden hipotecar su futuro para mucho tiempo.

La Universidad española ha hecho un esfuerzo serio para adaptar sus enseñanzas a las necesidades sociales, para mejorar la calidad de sus estudios, para



equipararse a las universidades de los países avanzados de nuestro entorno, para funcionar como una universidad moderna. El profesorado universitario ha hecho también un gran esfuerzo para mejorar sus métodos docentes, para desarrollar nuevas herramientas de enseñanza, para publicar en revistas del mayor prestigio e impacto, para implicarse en proyectos internacionales de colaboración, para estar en primera línea. Mantener todo esto es necesario, y sobre todo, en estos momentos. Lo que se destruye en unos años, tarda décadas en recuperarse y, a veces, no se recupera nunca. El problema, además, es que todos estos recortes, todas estas restricciones, a quién está afectando principalmente es a las generaciones más jóvenes, a nuestros recién egresados, a nuestros doctorandos y a los jóvenes científicos y profesores que deberían constituir el futuro de nuestra Universidad y que estamos formando para que, al final, desarrollen sus conocimientos y su capacidad en otros países, donde encuentran oportunidades y posibilidades que el nuestro les niega.

Si he querido expresar estas consideraciones en mi intervención en la festividad de nuestro Patrón, ha sido con el convencimiento de que es obligación de los responsables universitarios, y de toda la Universidad en su conjunto, denunciar estos hechos y hacerlo públicamente. Así lo han hecho nuestros Rectores y así ha querido hacerlo hoy este Decano. No basta con las conversaciones en los pasillos, con los comentarios ofendidos que nos cruzamos en los despachos o en la cafetería. Hay que decir alto y claro, para que la sociedad en general y, sobre todo, los responsables políticos lo escuche, que estas actuaciones están hipotecando nuestra universidad y la posibilidad de construir un futuro económico y social en nuestro país sobre bases más sólidas. Que éste no es el camino para salir de ninguna crisis. Y que hay muchos, muchísimos, otros lugares, socialmente más justificables, de donde recortar gastos y obtener recursos, antes que detraerlos de la educación, de la formación y de la investigación.

No quisiera, sin embargo, confundir denuncia con pesimismo. He intentado plasmar en esta intervención mis reflexiones sobre unos hechos que creo están poniendo obstáculos para que la Universidad desarrolle adecuadamente su función de servicio público y actúe como motor del desarrollo económico y social de su entorno. Lo cual no significa abandonarse al pesimismo y tirar la toalla. Más que nunca, en estos momentos, hay que echar mano de la imaginación, del esfuerzo, del trabajo colectivo, para que esto no suceda. Yo, a menos, con la ayuda de todos vosotros, pienso hacerlo así en esta pequeña parcela que compartimos y que se llama Facultad de Ciencias de Granada. Y tengo buenas razones para aferrarme al optimismo, visto el comportamiento que este centro viene teniendo, incluso en las épocas más convulsas. Con el esfuerzo de todos, esta Facultad seguirá intentando ofrecer una docencia de calidad. Vamos a seguir compitiendo en los programas nacionales e internacionales para conseguir el mayor número de proyectos que podamos y que nos permitan seguir



estando en primera línea en la generación de conocimiento y la investigación. Si bajan los presupuestos, intentaremos encontrar recursos en otras fuentes que nos permitan continuar con nuestras actuaciones de difusión de la ciencia y de mejora de dotaciones e infraestructura. Seguiremos luchando por encontrar soluciones para que nuestros egresados puedan integrarse en el mercado laboral y nuestros doctorandos encuentren posibilidades de desarrollar su carrera científica y docente en nuestra Universidad. Y, sobre todo, seguiremos denunciando claramente cualquier actuación que vaya en detrimento de la función social que la Universidad tiene que desempeñar, como servicio público.

Quiero pedir os excusas al no haber utilizado esta intervención, en la celebración de nuestro patrón, para reivindicar ante nuestro Rector, aprovechando su presencia, nuestra falta de espacios, nuestros problemas de infraestructuras, nuestra necesidad de plazas de profesorado, nuestro excesivo número de alumnos en algunas titulaciones o la falta de personal técnico en nuestros departamentos. Igualmente, quiero pedir disculpas a nuestro Rector por no haber mencionado, y agradecido, la comprensión que estamos recibiendo en los temas que le trasladamos, el esfuerzo que la Universidad ha hecho en los últimos años para llevar a término obras de importancia, como la remodelación de Biología o la reutilización del espacio del Taller de Restauración para zonas docentes, o la colaboración del equipo de gobierno para conseguir que la empresa del Metro llevara a cabo la remodelación de nuestro flamante aparcamiento.

Pero, como dije al principio, me ha parecido que los momentos por los que atravesamos justifican que la intervención que este Decano hace ante la Comunidad Universitaria de su Centro y su Rector, se dedique más a esa reflexión sobre la situación de la Universidad que a los aspectos más cotidianos de economía doméstica. Lo cual no impedirá que, a partir del próximo lunes sigamos planteado con firmeza -y ofreciendo la correspondiente colaboración- ante el equipo de gobierno de nuestra universidad los problemas con que nos encontramos día a día, y exigiendo soluciones para seguir ofreciendo la mayor eficacia en nuestra actuación.

Como dije antes, quiero concluir esta intervención con optimismo. Con ese optimismo que está basado en la confianza en las personas, en su ilusión y en su trabajo. Como he dicho muchas veces, lo mejor de esta Facultad es su profesorado, su personal de administración y servicios y sus alumnos, que con su trabajo diario, su participación desinteresada en cuantas actividades se programan y su interés, contribuyen a hacer de la Facultad ese centro emblemático que es de la Universidad de Granada. Ese capital humano es la mejor garantía de futuro.

Y también quiero acabar con un compromiso, que creo hago en nombre de todos. Este Decano y esta Facultad estarán siempre en primera línea cuando se trate de defender los principios de una Universidad pública de calidad y de denunciar las



ugr | Universidad
de Granada

actuaciones que puedan impedir ejercer su función con eficacia y autonomía. Y estoy convencido que este es un compromiso compartido con nuestro Rector y con nuestra Universidad.

